

LA Balsa DE LA MEDUSA. REFLEXIONES SOBRE LA FILOSOFÍA Y EL COMPROMISO EDUCATIVO

Roberto R. Arteaga Mac Kinney¹

En *El estudiante* Jules Michelet estableció una analogía entre una situación política catastrófica y la representación de los restos de un naufragio plasmado en un célebre cuadro, una imagen que nos sobrecoge. Según Michelet, *La balsa de la Medusa* de Gericault² representa el naufragio de Francia en el periodo de la Restauración: “Fue Francia misma, fue nuestra sociedad entera a la que se embarcó en aquella *Balsa de la Medusa*... Imagen tan cruelmente verdadera que el original se negó a reconocerse en ella. Se retrocedía ante aquella pintura terrible, se pasaba de prisa delante de ella, se hacía por no ver y comprender.” Ante ella, alguien podía afirmar que “ese cuadro es demasiado triste, en él hay demasiados muertos”. Y alguien podría preguntarse “¿No podría (el pintor) haber hecho un naufragio más alegre?”³

Al recurrir a esta alegoría intento representarles la imagen que se me impone cuando me imagino que pueda progresar el despropósito de eliminar la enseñanza de la filosofía de la educación media superior oficial. La situación que enfrentaríamos si se elimina la filosofía de la educación pública obligatoria no sería tan radical, evidentemente, pero me parece que, como profesores de esta asignatura, estaríamos de acuerdo en que alentaría la división, la dispersión y la irracionalidad que como sociedad hemos padecido durante siglos y traería aparejada

Roberto Arteaga Mac Kinney.
Dr. en filosofía. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

como consecuencia una mayor desigualdad social, menos oportunidades para que ciertos sectores de la sociedad se formen integralmente y puedan desarrollarse como personas, ocasionaría una obstrucción al acceso a los bienes requeridos para una sociedad más justa, y consecuentemente, acarrearía mayor violencia al acrecentarse el escandaloso olvido de muchos de los valores que nos han conformado como personas y como ciudadanos. Olvidándonos de las humanidades ahogaríamos el porvenir; ahogaríamos la voz que dice, desde tiempo antiguo, que la responsabilidad de mantener un *mundo humano* es de aquellos que tuvimos la oportunidad de formarnos con categorías y valores significativos, es decir, particularmente, de aquellos que tuvimos la fortuna de educarnos de manera integral.

A lo largo de la historia distintos filósofos y humanistas han reflexionado sobre el compromiso educativo; su lección es clara: hay forzarse por construir un porvenir. Sólo reconociendo que la condición humana es frágil (y que no pocas veces atraviesa por situaciones difíciles y poco favorables) podremos hacer consciente que no tenemos asegurado un porvenir propiamente humano y, entonces, podremos plantearnos seriamente el problema de su construcción y defensa. Desde esta perspectiva, una condición necesaria para lograr un porvenir es lograr efectivamente una vida valiosa; una vida floreciente en condiciones dignas. Para ello requerimos preservar una enseñanza humanista que mantenga viva la idea de un compromiso educativo fincado en valores seculares que impulse la conciencia reflexiva y el espíritu fraternal, que fomente la creación y la preservación de ideas con raíces más allá de la sinrazón autointeressada de algunos y de la pragmática falta de perspectiva de otros. Hay que enseñar a las jóvenes generaciones a protegerse contra las ambiciones inmediatas, los esquemas simplistas y simplificadores, las falsas soluciones. Hay que enseñarles a protegerse contra el interés aparente y contra todo aquello que estimule la servidumbre voluntaria o impulse la idea de una sociedad dividida donde hay “muertos vivos”.⁴

Evidentemente, me parece, nada se solucionará demandando una imagen más amable del naufragio. Nada ganaremos eliminando, encubriendo o maquillando la conciencia crítica

que procuran las humanidades y, en particular, la filosofía. Por el contrario, me parece que de limitarla aún más estaríamos en riesgo de perder un recurso muy significativo para asegurarnos la posibilidad de construir un porvenir humano. En consecuencia, me parece importante reconocer el esfuerzo de la UNESCO al publicar *La filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar la situación actual y las perspectivas para el futuro*,⁵ libro que es producto de una investigación coordinada por Moufida Goucha, jefe de la sección “Seguridad Humana, Democracia y Filosofía” de ese organismo internacional y en la que participan varios *expertos*: Michel Tozzi, Luca Scarantino, Oscar Brenifier y Pascal Cristofoli. Se trata de un estudio, un diagnóstico y una enunciación de intenciones y proyectos, que retoma las aportaciones de las delegaciones permanentes ante la UNESCO que contribuyeron a proporcionar un panorama actualizado de los perfiles regionales de la enseñanza de la filosofía. El estudio está dedicado a los que se comprometieron, “con vigor y convicción, con la defensa de la enseñanza de la filosofía”. Ésta es caracterizada como “garantía fecunda de la libertad y la autonomía” y declarativamente va dirigida “a los jóvenes espíritus llamados a ser los ciudadanos activos del mañana”. También me parece importante reconocer el esfuerzo que nosotros estamos haciendo aquí para deslindarnos de algunas iniciativas irreflexivas propuestas en torno a las reformas de los planes oficiales de educación media, proyectos *cuantitativos* a corto plazo que desconocen que el gran peligro es acomodarse a lo fácil y a lo sencillo, así como a las actitudes irreflexivas que tradicionalmente han caracterizado a las sociedades sojuzgadas y a sus siervos potestativos. Considero que ahí hay que iniciar una reflexión que procure preservar el porvenir de nuestra disciplina.

Creo que como universitarios, con ideas de la filosofía diferentes, podemos convenir en que la filosofía, aparte de ser una disciplina teórica con una especificidad académica propia, es también en cuanto materia de los planes de estudio para jóvenes de bachillerato, una herramienta útil para humanizarlos y para que las nuevas generaciones aprendan a reconocer otras dimensiones valiosas del ser humano y la complejidad

que conllevan los fenómenos más característicos de su actuar y a convivir y a descubrir lo que hay de valioso en la diversidad de legados culturales que reciben; es una oportunidad que, de realizarse efectivamente, nos permite aprender a pensar en profundidad, nos permite identificar nuestras diferencias, tomar en serio nuestros proyectos de vida y a distinguir y tolerar aquellos que son razonables de aquellos que no lo son. Desde esta perspectiva, la filosofía es un medio para que surja la conciencia y la actitud reflexiva que forma personas responsables y morales cabales.

El estudio de la filosofía nos permite mantener el valor de esta frágil y amenazada humanidad, así como asumir un papel activo en la defensa de otras verdades y valores igualmente precarios: la justicia, la sostenibilidad y la autenticidad ética, la defensa de criterios de racionalidad y razonabilidad, la transmisión de distinciones y matices, y de formas, maneras y rituales valiosos. Seguramente podemos convenir también que, en tanto que personas comprometidas con una educación integral, nuestro primer deber como filósofos es no mentir: no mentirles a los jóvenes; no engañar ni falsear la realidad. O, para decirlo de otro modo, que para preservar su vida, y para mantenerse de manera digna y honesta necesitarán esforzarse por conocer (y defender) la verdad. Para ello requieren formas y procedimientos, criterios epistemológicos y morales, protocolos y maneras consolidadas culturalmente que les permitan hacer suya la verdad concreta de su compromiso, o elaborar con imaginación un compromiso bien situado en nuevas y desafiantes coordenadas. Desde esta perspectiva, la educación en filosofía tiene el propósito de servir de apoyo al proyecto educativo Ilustrado orientado a la convivencia respetuosa y pacífica formando personas reflexivas y tolerantes.

Para ello, me parece, como dinámicamente señala *La filosofía, una escuela de la libertad*, la filosofía debe proseguir su labor, reiniciando el ritual del significativo y generoso intercambio de los mensajes culturales perdurables que desde hace tiempo inmemorial se dan como una conversación con nuestro pasado; una conversación *reflexiva* entablada entre diferentes. Y, aunque esta conversación no siempre se ha desarrollado en los mejores

términos ni en las mejores circunstancias (aun con los callejones sin sentido en que nos enfilaron los perspectivismos nihilistas, reduccionistas y deconstructores) la filosofía con sentido ha permitido mantenernos como seres capaces de reconocer lo que importa. En esta conversación, distintas culturas y generaciones, diferentes géneros y tradiciones se han hecho oír, no sin esfuerzo y valentía; y también con esfuerzo han atendido el sentido de las distintas *otredades* que por medio de las distintas culturas se han expresado. Esta conversación es la que nos permite ser: nos constituye; conversando nos humanizamos. En este diálogo compartimos valores y los aquilatamos (es decir, aceptamos y rechazamos, diferimos y proponemos). Gracias a este ejercicio nos adecuamos y arreglamos nuestros sentimientos personales (y los propios de nuestra cultura particular) a su justeza —una incómoda dimensión universal y cosmopolita—. En este diálogo razonable atendemos de manera relevante a la pertinencia de las formas y de las formulaciones, enfocando a las maneras y, particularmente (en lo que nos atañe) a su veracidad, exactitud, belleza o consistencia lógica pues la humanidad de la persona conlleva la complejidad y la parsimonia de la cultura, de las *maneras educadas*. El pensamiento salvaje y las comunidades primitivas se esmeran, como Claude Lévi-Strauss señaló, por cuidar la transmisión de este legado pues saben que para mantener un diálogo significativo se requieren de condiciones específicas. Estas complejas condiciones implican cuidado, pulcritud y excelencia; convenciones que se dan frente al descuido o a la barbarie que implican el olvido y la distracción, el arrebató o la acción irreflexiva, la simplificación, modos de ser impropios que amenazan invariablemente con instrumentalizarnos.

Requerimos de una educación integral, una formación en sentido amplio. Requerimos de una escuela reflexiva en donde se procure un “aprendizaje significativo”: un aprendizaje de *contenidos relevantes para la vida*. Estos contenidos deben contextualizarse para que sean útiles, útiles, como quería Rousseau, para la vida concreta, tanto privada como social. En la transmisión y generación de estos contenidos significativos la filosofía ha mantenido cierta importancia y, al menos declarativamente

hablando, se reconoce que el “archivo de la filosofía” conforma nuestra *memoria reflexiva*. En segundo lugar, requerimos de una educación que nos permita conocer, amar y hacer nuestro este amplio y complejo legado humanista, y con ello, participar competentemente en la comunidad en que vivimos. Para ello requerimos formar la conciencia de nuestras particularidades y tradiciones y de nuestro medio ambiente, aunque esto no sea todo lo que necesitamos. Requerimos, también, de una filosofía viva, del asombrarnos y del extrañarnos, del descubrirnos e inventarnos. Para decirlo sintéticamente necesitamos fomentar un “derecho a soñar”, como quería Gastón Bachelard, que desenmascara las apariencias.⁶ Requerimos de una educación filosófica escolarizada adecuada que nos permita recuperar la imaginación y lo creativo frente a la barbarie del presente, frente a la violencia y a la precariedad que nos ofrece la actual condición humana y del imbatible empobrecimiento de nuestra condición social y del de muchas de las instituciones de educación masificadas; frente a la *prosperidad feroz* de algunos que orilla a muchos a una existencia sub humana y, con criterios pragmáticos, determina que la función de la instrucción actual de educación se limite a formar instrumentos al servicio del irrefrenable mercado.

Independientemente de las muchas diferencias que como filósofos podemos tener, podemos convenir en que si queremos una sociedad más justa necesitamos proseguir con la formación de seres humanos. Por ello es importante subrayar la importancia de ciertos planteamientos que inciden en el carácter fundamental de la formación filosófica y en el valor de su legado. Ser conscientes de estos legados nos permite, entre otras cosas, tomar conciencia del carácter de agentes y redescubrir y redimensionar nuestras potencias. Una consecuencia de esta toma de conciencia es reconocer la importancia de comprometerse con la vida civilizada. La toma de conciencia de la fragilidad de la vida, y de la precariedad e insuficiencia de las instituciones encargadas de asegurar las condiciones adecuadas para preservarla, me parece una empresa ineludible. Hay que trabajar para evitar mayor dolor, mayor irracionalidad e inconsciencia en el mundo, mayor derroche y despilfarro.

Al formar una sociedad que permita la emergencia de personas libres y responsables podremos perseverar en aquello que enriquece la vida. Me parece que gracias a la reflexión filosófica nos vemos forzados a reconocer que sólo manteniendo viva esta herencia, permanecerá un legado que ha significado un esfuerzo continuo que con ahínco se ha mantenido a lo largo de la historia. El ideal es que la persona pueda llevar una vida libremente elegida y pueda realizar su proyecto de vida racional, razonable y sustentable, proporcional a las condiciones y a los recursos y a su circunstancia y momento histórico sin menoscabar el bien común.⁷ En un mundo de dolor, inconsciencia e injusticia, este compromiso implica respetar la vida y evitar el sufrimiento. Esta preservación es cualitativa y tiene por eje la conformación de una sociedad donde sean reconocidos distintos derechos para todos los seres vivos y donde exista una justicia intergeneracional positiva. Esta sociedad equitativa y liberal es un ideal significativo⁸ por el que los maestros de filosofía han luchado en muchos países y los maestros de México no son la excepción, aunque los representantes nacionales de la delegación permanente ante la UNESCO no revelan a cabalidad que en México se hace y se defiende a la filosofía.

Concluyendo. Educar es formar a la persona humana y la medida del logro educativo es formar al ser humano educado. Me parece que este desafío, una *educación para la vida*,⁹ incluye a la filosofía como materia de estudio y el papel de ésta no se reduce a un surtidor de certidumbres, dogmas o de instrucciones seculares de reforzamiento adecuado a los estímulos socialmente necesarios, sino que parte de la idea de que hay que aprender a ser y que la verdadera condición humana empieza por un acto de atención, un acto reflexivo y dialógico para lograr un agente activo y competente, con capacidad para reconocer y aquilatar reflexivamente y decidirse a la acción con razones significativas; para apropiarse de valores y ayudar a mantenerlos, a defenderlos, a cuidarlos, en una palabra, a amarlos porque son imprescindibles para la vida. En este sentido, la educación es un complejo proceso que implica estar atento. La reflexión filosófica cualificada habilita la fuerza que se requiere para mantener la voluntad continua

de comportarse como un ser humano. Sin ella el mundo estaría peor aún de lo que hoy está y, para recordar a Jean Jacques Rousseau “la desgracia de los que tengan el infortunio de sobrevivirnos” será aún mayor. Esto es algo que ninguna persona sensible y sensata permitiría si pudiera esclarecer sus verdaderos intereses de manera crítica y reflexiva. Esta es una de las tareas más relevantes de la filosofía y nuestro país necesita, evidentemente, de ella.

Notas

- ¹ Colegio de Filosofía, FFyL-UNAM. Ponencia presentada en el XVIII Congreso Nacional de Filosofía, Toluca, México, 24/ octubre/2011.
- ² Le Radeau de la Méduse. Gericault. 1819-19. Louvre, París.
- ³ Jules Michelet: *El estudiante*. Siglo XXI editores, México, 1972, p.78.
- ⁴ De estos muertos vivos, dice Michelet “tal hombre, tal sociedad, muertos, vale tanto como divididos, dispersos, en quienes se ha extinguido la atracción mutua de las partes”. Jules Michelet, *op. cit.* p. 94.
- ⁵ *La filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar la situación actual y las perspectivas para el futuro*. Moufida Goucha, (dir). UNESCO-UAM-Iztapalapa. México, 2011.
- ⁶ Georges Jean, *Bachelard, la infancia y la pedagogía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- ⁷ Desde una perspectiva en la que trabajan algunos educadores, la educación democrática debe ofrecer la posibilidad de desarrollar la capacidad un distanciamiento crítico frente al contexto inmediato y a las instituciones que lo determinan como un mercado de intercambio capitalista, un mercado en el que se da un intercambio desigual e injusto. Esta conciencia es, en buena medida, confrontación de la opinión dominante pues va más allá de los razonamientos adaptativos inmediatos cuya naturaleza pragmática y anónima hace que los proyectos de vida se acomoden al sistema o al menos no se opongan de manera sistemática a las decisiones de los grupos mayoritarios y de las instituciones productivas y del Estado. Desde esta perspectiva, la educación es no sólo instrucción, habilitación, adiestramiento, capacitación, sino también crítica: desenmascaramiento de las apariencias.
- ⁸ Es formar una conciencia reflexiva que, por medio de una serie de procesos de aprendizaje (procesos planificados, disciplinados y rigurosos,

y cuya adquisición y dominio requiere de parsimonia y paciencia) nos volvemos dueños de nosotros mismos y, a la vez, participantes competentes de una empresa transubjetiva, participantes de legado que va más allá de nosotros mismos (y más allá de nuestra cultura específica). La educación es, pues, en este sentido, un proceso dinámico para poder apropiarse de sí mismo y de una herencia, apropiarse de un legado vivo y significativo, de lo que tiene sentido. Desde una perspectiva actual, desarrollando el ideal educativo para condiciones propicias, algunos educadores y filósofos encuentran que la educación puede ser entendida como una *comunidad de indagación*. Sin entrar en mayor detalle, quiero señalar, al menos, que este *modelo educativo* pretende ofrecer el marco apropiado para incorporar al currículo temas clave de interés para la reflexión deliberativa ciudadana y humanista, es decir, me parece que permite integrar, en principio, el doble ideal de Rousseau. Permite, por ejemplo, la transmisión y sistematización de elementos éticos, lógicos y procedimentales, para pensar de manera reflexiva y activa, clara y consistente, y con ello, comunicar estos pensamientos de manera que se mantenga una concordancia con el ideal de justicia social de una sociedad democrática y, por parte, permite la instrucción y la capacitación técnica que resulte eficaz. Desde esta perspectiva, una materia curricular como la filosofía permite infundir un sentimiento de esperanza e interés por el futuro y la posibilidad de sensibilizarnos y protegernos frente a la violencia y la mecánica instrumental de la sociedad actual. Además, la educación que integre a la filosofía en su currículo nos permite desarrollar, al nivel cualitativo correspondiente, buenos hábitos y estrategias para pensar con disciplina y rigor. Con ello, la filosofía nos permite protegernos contra las tendencias irracionales, irreflexivas y autoritarias particularmente arraigadas en muchos de nuestros modos de ser irreflexivos y en los usos y costumbres tradicionales. Incluye el contenido de la materia de valores cívicos y formación ciudadana, pero abarca también otras áreas e incluye pensar desafíos que pertenecen a la esfera inmediata de la persona, atendiendo problemas importantes como la salud, la alimentación, el ambiente, las condiciones de vida.

⁹ En la época actual el concepto de *educación para la vida* puede ofrecerse, algunas veces, integrado al currículo de la filosofía (como asignatura del bachillerato) en el modelo educativo de un “aprendizaje cooperativo en diálogo” o a partir de los modelos educativos como el de “aprender a aprender” o el de la “comunidad de indagación” a la que me referí antes.